

las sagradas imágenes de Cristo, de la Virgen y de los Apóstoles; y más tarde hicieron lo mismo por efecto de las persecuciones causadas por el fanatismo de los Iconoclastas. También por una consecuencia de estas repugnantes necesidades estableció la primitiva Iglesia, en los tiempos del Renacimiento, el uso de los *cuadros* de altar con *marcos* que tenían la forma de dipticas, aun de una dimension considerable, tales como se ve todavía hoy en tantas iglesias de Italia. La prohibición del Concilio (de Elvira) era, pues, del todo accidental, enteramente de circunstancias; y así es en verdad como debe entenderse." 1

Aun dándole más autoridad y extensión es también cierto que no se aplicaba de ningún modo á las Catacumbas. Por una parte, las cryptas subterráneas desconocidas de los paganos podían sin grave inconveniente recibir pinturas fijas; 2 por otra, vemos posteriormente al Concilio de Elvira y al Papa San Celestino mandar decorar con imágenes santas las paredes de su cementerio. 3

Resta la consecuencia que se quería sacar de la objeción precedente, á saber: que las pinturas de las Catacumbas son ménos antiguas de lo que se pretende, ó que no son obra de los cristianos. Los protestantes tienen gran interés en negar la antigüedad de estos monumentos. En

1 Cuadro de las Catacumbas, p. 106.

2 Cimiteri erano luoghi per se stessi poco esposti alle persecuzioni e per ciò più sicuramente poteano azzardarsi i cristiani di dipingere nelle volte e pareti delle capellette di essi quod colitur aut quod odoratur.—"Los cementerios eran lugares por sí mismos, poco expuestos á las persecuciones y por esto con más seguridad podían arriesgarse los cristianos á pintar en las bóvedas y paredes de sus capillas lo que se reverencia y adora."—Bottari, *Sculture*, etc., t. I, p. 106.

3 S. Coelestinus Papa proprium suum coemeterium picturis decoravit.—"San Celestino Papa adornó su propio cementerio con pinturas."—*Epist. Adrian. ad Carol. Magn.*

efecto, si son auténticos, el protestantismo queda irrevocablemente convicto de falsedad y esto según sus propios principios, supuesto que admite la incorruptibilidad de la Iglesia romana, á lo ménos durante los tres primeros siglos. En buena lógica se podría despreciar esta consecuencia: estando demostrada la falsedad del principio de donde emana, no puede ser cierta. Además, como la cuestión arqueológica de que se trata adquiere al hacerse religiosa una importancia extrema, nos será grato establecer por pruebas directas la autenticidad de las pinturas de las paredes de nuestras Catacumbas.

Desde su origen, el cristianismo conoció el uso de las estatuas y de las imágenes sagradas; además, los frescos de los cementerios romanos pertenecen á aquella alta antigüedad. Eusebio, testigo ocular, refiere que una de las enfermas milagrosamente curada, mandó hacer la estatua de Nuestro Señor. Hé aquí las notables palabras de aquel historiador: "Puesto que hablamos de Cesarea de Felipe, no es fuera de propósito transmitir á la posteridad un hecho digno de memoria. La tradición nos enseña que la mujer curada de un flujo de sangre por nuestro Salvador era originaria de aquella ciudad, en donde se veía su casa adornada con un monumento que recordaba el beneficio del Señor. Cerca de la puerta de la casa está una estatua de bronce colocada en un pedestal de piedra, de rodillas y con las manos extendidas en actitud de la súplica. Dícese que es la estatua de aquella mujer. Enfrente está la estatua de un hombre, del mismo metal, de pié, vestido con un manto y extendiendo la mano. Se refiere que á sus piés nace una planta desconocida que elevándose hasta la parte inferior del manto, posee la propiedad de curar toda clase de enfermedades. Se agrega que aquella estatua representa á Nuestro

Señor. Ha subsistido hasta nuestros días y la hemos visto con nuestros ojos al visitar aquella ciudad. Ahora, no es admirable que los paganos, reconocidos á los beneficios que habían recibido de Nuestro Señor, hayan levantado semejantes monumentos, puesto que hemos visto nosotros mismos los retratos de los Apóstoles Pedro y Pablo y de Nuestro Señor, pintados en tablillas y conservados hasta nuestros días." 1

Diráse tal vez que aquellas imágenes eran obra de los paganos, y que así no prueban la antigüedad de las pinturas cristianas. Además, hé aquí un artista que pertenece ciertamente al Evangelio, y que ha consagrado la vista á los ojos mismos de los Apóstoles su talento en la pintura á reproducir las facciones de la augusta Madre de Dios. No se trata de que las madonas atribuidas hoy á San Lucas sean obras originales, sino de saber si el Evangelista ha pintado realmente á la Santísima Virgen. El Oriente y el Occidente con voz unánime dan una respuesta afirmativa, que está confirmada, demostrada, perpetuada por los más antiguos monumentos. ¿Qué títulos se han descubierto para venir á turbar una posesión tan antigua y tan universal? 2 "Es cierto, dice San Basilio, que las imágenes sagradas de Nuestro Señor, de la Santa Virgen y de los Apóstoles, pintadas desde el principio, han pasado de mano en mano hasta nosotros." 3

La Iglesia misma mandaba reproducir las imágenes santas á fin de alejar á los

1 Nec vero mirandum est Gentiles a Salvatore nostro beneficiis affectos hæc præstitisse cum et apostolorum, Petri et Pauli Christique ipsius pictas imagines ad nostram usque memoriam servatas in tabulis viderimus. "Hist. Eccl." lib. VII, c. XVIII; véase Sandini, "Hist. famil. sacr.," c. XVIII, p. 293, 6.

2 Véase Lanzi, "Historia de la pintura;" Boldetti, "Osservaz.," etc., lib. I, c. V, p. 19.

3 Imagines illorum hoc enim traditum a SS. Apostolis. "Orat. contr. Julian."

fieles del culto de los ídolos y de distinguirles de los Judíos. 1 También desde el tiempo de Tertuliano era costumbre universal representar en los cálices al Salvador bajo la figura del buen Pastor. 2 Estas pinturas venerables por el asunto y por la edad, eran cuidadosamente conservadas como un libro maravilloso que refería la historia del Divino Maestro y de los propagadores de la Religión. 3 Está, pues, bien establecido que el uso de las pinturas sagradas se remonta sin interrupción hasta el nacimiento del cristianismo. Resta dar á conocer que los frescos de las Catacumbas pertenecen á aquella alta antigüedad.

Es un hecho conocido que cada época del arte tiene su estilo y su carácter particular. Según este principio, la ciencia fija diariamente la fecha aproximativa de un edificio, de un cuadro, de un manuscrito, examinando los caracteres generales que los distinguen. Sus apreciaciones dudosas tal vez en un caso particular, se hacen incontestables cuando tienen por objeto un conjunto de monumentos, un período entero de la historia de la escultura,

1 Ne decipiantur salvati ob idola; sed pingant in opposito divinam humanaque manu factam, impermixtam effigiem Dei veri ac Salvatoris nostri Jesu Christi, ipsiusque scroorum contra idola et Judæos, neque errent in idolis, nec similes sint Judæis.—"No sean engañados los fieles por los ídolos; antes por el contrario, pinten la imagen pura y divina del Dios verdadero y del Salvador Nuestro Señor Jesucristo, y de sus siervos; y no pinten ídolos y Judíos, ni erren en ídolos, ni se hagan semejantes á los Judíos."—"Can. Apost.; Conc. Nicaen. II, act. I; V Bar., An. 57, p. 3."

2 Tertul. "de Pudicit.," C. V y X.

3 Quæsit Constantinus num alicubi essent historiae illorum (Petri et Pauli). Mon beatus Sylvester per diaconos nos adferri quas habebat Apostolorum imagines jussit.—"Preguntó Constantino, si acaso estaban en alguna parte sus historias (de Pedro y de Pablo). Después el beato Silvestre mandó que los diaconos llevasen las que tenía de los Apóstoles."—S. Adrian. Pap. "Epist. ad Carol. Magn."

de la pintura ó de la diplomática. Además, este medio tan seguro y tan sencillo no es un descubrimiento moderno ó particular de la Francia. Es conocido hace largo tiempo, y en todos los países el mundo sabio hace uso de él. Aplícalo á las pinturas de las Catacumbas, fija el origen de un gran número de ellas en el nacimiento mismo del cristianismo.

En efecto, ellos presentan los caracteres distintivos del arte pagano, tales como nosotros han dado á conocer la historia y los monumentos contemporáneos, los sarcófagos y los frescos. Siendo más correctos al principio de la era cristiana, cuando la pintura florecía todavía en la ciudad de los Césares, se les vió alterarse poco á poco, y según la decadencia del arte, acabar por no ser más que bosquejos más ó menos imperfectos en la época de Constantino y de sus primeros sucesores. «En esta variedad de pinturas, dice el sabio y juicioso Boldetti, es muy fácil distinguir por la diferencia de estilo la diferencia de las épocas. Se ve que las más bellas pertenecen casi todas á los tiempos más antiguos, porque entonces la pintura y la escultura no habían aún degenerado. Además, el artista cristiano imitaba lo que se hacía.»

Por el contrario, las que están más mal dibujadas acusan los siglos siguientes, siglos de decadencia no solo para la pintura, sino para todas las artes en general. No obstante, no quiero decir que estas últimas son todas posteriores á las persecuciones. En efecto, aunque en los primeros siglos la pintura y la escultura fuesen cultivadas con buen éxito, estamos ciertos que no tocaban á la perfección bajo el pincel ó el cincel de todos los artistas. Las obras de este género debían ser todavía menos perfectas en las Catacumbas, porque la pobreza de los fieles no les permitía escoger los mejores artistas, ¿qué digo? porque no pudiendo servirse de los paga-

nos para hacer sus pinturas sagradas, es muy verosímil que la mayor parte de aquellos que las ejecutaron eran mucho más hábiles en la ciencia de la virtud que en el arte del dibujo.

Es una prueba evidente que al menos las mejores pinturas de las Catacumbas se remontan á los tiempos apostólicos. En efecto, en los siglos posteriores á las persecuciones, cuando la Iglesia gozaba de la paz y de la libertad, los Papas, los emperadores, los fieles, á pesar de todo su empeño en elegir los artistas más hábiles para decorar las basílicas, no pudieron hacer más, ¿qué digo? lo han hecho mucho más mal que lo que vemos en las Catacumbas. Ahora, ¿es verosímil que para adornar edificios públicos y majestuosos hayan empleado los pintores más ignorantes y más sin experiencia, mientras que han reservado á los mejores artistas para decorar lugares ocultos y cryptas subterráneas, de suerte que las buenas pinturas de las Catacumbas sean de la misma época que los groseros bosquejos de sus basílicas? 1

El estudio comparativo que determina la edad de nuestras pinturas cristianas se continúa todavía en nuestros días, y á pesar de las injurias de los tiempos, él encuentra los caracteres distintivos de las diferentes épocas. Así, para no citar más que dos ejemplos, el P. Marchi asigna sin duda el principio del siglo tercero por origen, de una de las más bellas cryptas de la Catacumba de Santa Inés. 2 Además, los más hábiles arqueólogos romanos hacen remontar á los últimos años del segundo siglo la mayor parte de las pinturas del mismo cementerio. 3

1 Boldetti, lib. I, c. V, p. 17.

2 P. 185.

3 Se dipinture dei cubiuli indicati nella iconografia generale del cimitero di S. Agnese scavati tutti a una grandissima vicinanza della nostra chiesa, a giudizio d'uomine che professando l'arte del dipingere si sono nell'abbon-

Hay otro carácter más significativo tal vez, al cual se le reconoce la alta antigüedad de las pinturas de las Catacumbas; quiero hablar de la mezcla del cristianismo con el paganismo. El asunto principal está tomado del Antiguo y del Nuevo Testamento, mientras que la parte decorativa toma generalmente sus motivos y su distribución general del arte pagano. En este hecho constantemente reproducido se ven dos sociedades que existen juntas, la una que acaba de nacer y que toma de sus creencias el fondo del cuadro; la otra más avanzada, que suministra la forma y el marco. La primera, demasiado joven todavía para tener una lengua propia, toma á la segunda, para expresar pensamientos nuevos, emblemas consagrados por el uso, dándoles una significación diferente. La segunda presta sus tipos y sus decoraciones hasta que el arte cristiano haya formado su lengua figurada y pueda bastarse á sí misma.

¿A qué época se remonta esta mezcla, y por decirlo así, esta unión íntima del paganismo y del cristianismo, de la cual son un irrecusable testimonio las pinturas de las Catacumbas? ¿No es á los tiempos apostólicos y á la era de las persecuciones? ¿Puede desearse una prueba más sencilla de la alta antigüedad de los venerables monumentos que nos ocupan?

danza degli antiechi monumenti di Roma esercitati a distinguere comparativamente le opere dell'arte nella serie degli antichi secoli, giudicamo che più probabilmente agli ultimi anni del secondo secolo che ai primi del terzo queste dipinture rimontino.—«Las pinturas de los cubículos indicados en la iconografía general del cementerio de Santa Inés, cavados todos á gran de inmediación de nuestra iglesia, á juicio de hombres que profesan el arte de la pintura, ejercitados con abundancia en los antiguos monumentos de Roma, distinguiendo comparativamente las obras del arte en la serie de los antiguos siglos, juzgamos que estas pinturas se remontan más probablemente á los últimos años del segundo siglo, que á los primeros del tercero.»—Marchi, p. 184.

«Esta prueba, dice M. Raoul Rochette, se hace palpable en cierto modo á medida que se entrega uno al examen detallado de aquellas pinturas, comenzando por las del cementerio de San Calixto, que son las más antiguas en el orden cronológico y que representan también la porción más considerable de este género de monumentos cristianos. La ejecución es generalmente más esmerada y menos defectuosa, la ordenación más rica y más variada, lo cual viene evidentemente de que tocan más cerca á la antigüedad. Ellas presentan también en los elementos mismos de decoración de que se componen más símbolos tomados directamente de los datos antiguos y hasta de asuntos puramente profanos, aunque apropiados á una institución cristiana, lo cual se convierte en una prueba de la más remota antigüedad, relativa á las pinturas de este cementerio.

«En cuanto á las de los otros cementerios, á medida que la imperfección del trabajo acusa en ellas más y más el progreso de la decadencia, las reminiscencias antiguas se hacen en ellas más y más raras, y los asuntos cristianos se manifiestan exclusivamente. Hay, pues, en estas pinturas de las Catacumbas un doble objeto de observaciones y de estudios para el anticuario cristiano. Allí se ve espirar por grados el arte antiguo en manos cristianas y se ven al mismo tiempo aparecer los primeros bosquejos de aquellos tipos celestes á los cuales el arte del renacimiento les supo dar el movimiento y el color.» 1

De nuevo preguntamos, ¿cómo explicar aquel extremo fenómeno de una religión que toma sus adornos, sus motivos de decoración, su arte, de una rival, cuyas ideas, cuyas costumbres y cuyas creencias combaten con energía? ¿No es evidente que los cristianos, teniendo que expresar ideas

1 Cuadro de las Catacumbas, p. 102.

análogas, y que no estaba en su poder, inventan una lengua imitativa, un idioma diferente del griego y del latín? El único cambio que podían hacer en imágenes figuradas, inocentes en sí mismas, era suprimir en ellas ó agregarlas algunos motivos para hacerlas cuadrar con sus creencias, del mismo modo que al servirse de su lengua usual, cuyo vocabulario aceptaban, se contentaban con dar á algunas palabras nuevas acepciones. 1

¿Pero en qué época se encontró reducido el cristianismo al extremo de ser privado de una lengua, de una pintura, de un arte suyo? ¿No es evidentemente en los primeros días de su infancia? Los monumentos de las Catacumbas en donde se encuentran tantos vestigios del paganismo, son, pues, contemporáneos del nacimiento mismo de la Iglesia. Sería superfluo insistir más sobre este carácter de antigüedad, cuya significación harán todavía más evidente nuestras visitas. Es tiempo ya de dejar la Vía Apia.

Así como el viajero que recorre hoy los campos de batalla de Marengo, de Austerlitz ó de Wagram, contempla con avidez todos los accidentes del terreno en donde tuvo lugar aquel brillante episodio de aquellos gigantescos combates; así como saluda con entusiasmo al guerrero cuya gloria refieren, así nosotros, peregrinos en el más ilustre teatro de las grandes batallas del cristianismo, saludamos ántes de decir adios, á la inmortal Vía Apia. A los nombres ya conocidos agregamos con noble orgullo los de otros atletas que la han hecho célebre para siempre.

En este campo de honor cayeron en un día cuatro mil mártires. El paganismo vencido por el valor de ellos en la persona de Adriano, está obligado á ceder el terreno y á volver á la vaina su espada

1 M. Raoul Rochette, *Cuadro de las Catacumbas*, p. 98.

embotada. Esta espada afilada de nuevo, brilla en manos del terrible Valeriano; cae y vuelve á caer aún para romperse en el cuello de una jóven vírgen llamada Lucila. En lugar de espada hé aquí á Diocleciano que se arma con el hacha. Treinta veteranos de su ejército reciben los primeros golpes y señalan el lugar en donde innumerables sucesores vendrán á arrancar al más temible perseguidor de la Iglesia la victoria tan cruelmente y tan largo tiempo disputada. En fin, cuando el paganismo espirante quiera librar su último combate, la Vía Apia verá á los ilustres mártires Sempronio y Aureliano obligar á Juliano el apóstata, coronado, á comenzar la palabra fatal que acabará muy pronto en las llanuras de la Persia: "Tú has vencido, Galileo." 1 ¡Salud, pues, reina de las vías, camino y mausoleo de todos los triunfadores! ¡Salud á tí que por un noble prodigio fuiste elegida de Dios para repetir eternamente la vanidad de los héroes de la antigua Roma y la gloria imperecedera de los vencedores de la Roma cristiana!

15 DE ENERO.

Catacumbas de la Vía Latina.—Catacumbas de Aproniano.—Historia.—Santa Eugenia.—Pinturas de las Catacumbas, parte histórica.—Adán y Eva.—Cain y Abel.—Noé.—Explicación de un anillo.—Catacumba de los Santos Gordiano y Epímaco.—Historia.

La multitud piadosa se dirigía á San Bartolomé de la Isla. Se celebraba en la iglesia de los *Benfratelli* la fiesta de San Juan Calybita. Después de haber venerado el cuerpo de este gran mártir de la humildad, volvimos sobre nuestros pasos á fin de visitar las Catacumbas de la Vía Latina, célebres por los combates de los mártires de la fe. Entre las antiguas puer-

1 Aringhi, lib. III, c. XXI, p. 289.

tas Capena y Celimontana, llamadas hoy puertas de San Sebastian y de San Juan, se encuentran en la vertiente del Célio la puerta Latina y la vía del mismo nombre. En los tiempos de los Césares la Vía Latina rivalizaba en celebridad con la Vía Valeriana y con la Vía Apia. 1 Entre dos líneas de soberbias tumbas conducía al país de los Latinos.

Hoy todavía se encuentran en las vías que la limitan los vastos columbarios de los libertos de Pamponio Hylas y de la familia augusta; pero el templo de la Fortuna Femenina, delante del cual detuvo Veturia á su hijo Coriolano, ha desaparecido bajo sus propias ruinas. Lo mismo sucede con la soberbia vila de Fylis, nodriza de Domiciano, en la cual aquella mujer valerosa dió sepultura al digno emperador. Aquellos edificios protegidos por la riqueza y por la gloria, han perecido, mientras que el oratorio que señala el lugar en que el discípulo muy amado fué sumergido en el aceite hirviendo, sobrevive á las revoluciones humanas y á las desolaciones del tiempo. No lejos de la puerta Latina, hoy cerrada, se encuentra en el campo la Catacumba de Aproniano.

¿De donde le viene este nombre tan glorioso en los fastos consulares de la antigua Roma? La historia no da más que respuestas inciertas. Ella ha inscrito en sus anales el nombre de un mártir, miembro de aquella noble familia, pero en señal de que fué coronado en la Vía Salaria, sin agregar que haya ilustrado con su sepultura el cementerio de la Vía Latina. 2 Es más verosímil que aquella familia que tuvo tanta sangre que derramar por la re-

pública, tuviese que darla también por el Evangelio y que el martirio ó la caridad de alguno de sus hijos habrá inmortalizado su nombre dándosele á la Catacumba que nos ocupa. Es necesario que la muerte ó la virtud de este Aproniano haya sido muy celebrada para que su nombre no se haya borrado por el de la jóven heroína cuya sepultura difundió tanto brillo en aquel cuartel de la Roma subterránea.

El 25 de Diciembre del año 262 compareció ante el tribunal de Nicéio, prefecto de Roma, una jóven vírgen llamada Eugenia, hija de Filipo, prefecto imperial en Egipto. 1 Convicta de ser cristiana y de haber exhortado á un gran número de sus compañeras á la virginidad, es condenada á largos tormentos. Cuando la rabia de los verdugos se agotó, cuando la vieja Roma está cansada de palmotear, la espada del confector viene á tronchar el último hilo de vida que queda á la jóven víctima; y su alma victoriosa, así como el pájaro que se escapa de las redes del cazador, emprende su vuelo hacia el cielo. Claudia su madre va á tomar el cuerpo de su hija y le deposita en uno de los jardines de la Vía Latina, en el lugar mismo en que Eugenia había sepultado con sus manos virginales á un gran número de mártires. 2

Esta madre no podía alejarse del sepulcro que encerraba su tesoro. Un día que allí derramaba sus oraciones y sus lágrimas, Eugenia se le apareció y la dijo: "¡Regocijaos, madre mía! el Señor me ha introducido en las delicias del cielo; vos mis-

1 Filia Philippi, praefecti augustalis in Aegypto.—"Hija de Filipo, prefecto augustal en Egipto."—Bar., *an.* 188, núm. 3; y *an.* 262, núm. 56.

2 Non longe ab urbe in Via quae Latina appellatur in proedio ejus proprio, ubi multorum ipsa sepelietat membra.—"No lejos de la ciudad, en la Vía Latina, en su predio propio, en donde había sepultado miembros de muchos mártires."—*Act. ms. Coed. S. Petri; S. Mariae ad Martyr.*; S. Coecil.

1 Praeclarissimae sunt Viae Appia, Latina, Valeria.—"Son preclarísimas las Vías Apia, Latina, Valeria."—Strab., lib. V.

2 El santo mártir Aproniano era *commentariensis*, es decir, intendente de las prisiones de Roma, bajo Diocleciano.—Bar., *Annot. ad Martyr.*, 2 de Febrero y 25 de Marzo.